



ABLUCIÓN: UNA CONVERSACIÓN QUE NO TERMINA

Por Claudia Guadalupe Flores Flores

Cuando vi la convocatoria lanzada por *Camaleón Arte Escénico* para participar en este número de la revista, pensé con entusiasmo en escribir sobre *Ablución*, de Sunny Savoy, trabajo presentado en el Teatro Espacio Rogelio Villarreal Elizondo en marzo de 2024. Sin embargo, tener la computadora enfrente y pensar en ideas a partir de semejante proyecto, me paralizó un poco por no contar con suficiente experiencia ni analizando disciplinas artísticas ni problemas sociales o políticos tan complejos y delicados como los que esta obra trata. Finalmente, me atreví a abordar la puesta en escena a través de un texto escrito desde una trincheras personal, porque contemplar aquella propuesta —dos veces, de hecho— ha dejado demasiadas cosas rondando mi mente junto con la inquietud por expresarlas.

La primera ocasión que acudí a la función me preguntaron: “¿Qué te pareció?”; mi contestación fue “Perturbadora”, pero fue una respuesta en ciernes, porque no terminaba por asimilar lo que presencié; incluso, tras la segunda ocasión, puedo decir que me traje algo distinto de la primera vez, aunque ambas reflexiones me llevaron al mismo y perturbador lugar y, probablemente, de apreciar de nuevo el espectáculo, mi experiencia tendrá algo más que compartir, pero aquí vamos con lo que hasta ahora tenemos.

La ironía de que me preguntaran acerca de la obra es que, primeramente, tenía muchas preguntas también, pero en tanto más lo meditaba, me quedaba la sensación de que cuestionando no podía obtener más respuestas, porque estaban ahí, si me atrevía a implicarlas en la obra. Se necesita algo de valor para hacer esas relaciones e interpretar las referencias que se encuentran en desmoralizadores elementos: como la crudeza de las manchas sangrientas en el vestuario de los intérpretes; la violencia que se desprende de ellos cuando se identifica la brutalidad en algunas secuencias de la coreografía; o en las imágenes desesperanzadoras del fondo escénico, del video, de los desconsolados sonidos y la música.

Es difícil describir la sensación que se tiene cuando encuentras a los intérpretes tratando de mantener una frágil y agredida existencia sobre un pequeño tapete, evidenciando al final su desesperación por retenerlo apenas con unas pocas fuerzas, porque representaba un espacio propio, el “Yo” del que las personas fueron desposeídas y por el cual rogaron y pelearon encarnizadamente, porque al final, lo que eres es lo único que tienes.

También hay respuestas en el fondo de sábanas remendadas y manchadas de desesperanza, del desaliento de que esa sencilla sábana lleva adentro una vida entera, lo que una persona fue antes de haber sido abandonada por el lugar al que perteneció o creyó pertenecer, hasta que ya no; entonces ese objeto que lleva su vida y separa su



espacio del de otro se vuelve toda la vulnerabilidad de haber sido lanzado del lugar propio hacia la nada.

Tampoco es posible dejar de pensar en el exilio que trasmite la secuencia del video y el constante desplazamiento de los bailarines, en la triste belleza de las imágenes plasmadas sobre el fondo del escenario o sobre los intérpretes mismos, quienes a su vez proyectan sombras en la escenografía integrándose en ella, sombras de las personas que ya no son lo que fueron porque han sido despojadas. Las secuencias desérticas y el andar desfallecido de personas que, en el mejor de los casos, emigran por un desierto de alguna parte del mundo, porque el desierto más mortífero por el que transitan es el de humanos sin humanidad, sin compasión, sin entender al otro como un individuo entero con esperanzas y una vida a la cual aferrarse. En contraste están las secuencias de imágenes con agua –que, por cierto, son hermosas– proyectadas sobre los cuerpos de los bailarines, agua que está limpiado lo que puede ser una raza, una religión, la sangre que se lleva en el cuerpo violentado y la que se lleva en las manos al violentar a otros porque, en la desesperación por no ser víctima y por sobrevivir, la persona se vuelve victimario también. La referencia a la limpieza también se hace al principio de la obra, cuando los intérpretes se están aseando frente a una cubeta con agua cada uno a sí mismo, lo cual lleva a reflexionar que es preciso lavar algunas cosas, al interior y el exterior e, incluso, nuestras propias acciones, pero nunca la esencia o la dignidad de lo que hace a la persona ser quien es.

La vivencia no está completa cuando no reparas y complementas todo lo visto en escena con el sonido y el fondo musical, sumergiéndonos en estados emotivos potenciados por el desempeño de los bailarines en escena, los cuales van desde los momentos en que se escuchan profundos lamentos que conducen a un lugar de sufrimiento y desconsuelo, porque aparentemente nada, ni todo el desgaste, la integridad expuesta y ni siquiera las plegarias, es suficiente para ser rescatados de la trágica experiencia. Muy orgánicamente,

el sonido y la música te dirigen a su mundo y, no obstante, permiten escuchar los propios sonidos de los intérpretes como gemidos, inhalaciones y exhalaciones, los cuales son reales porque surgen del demandante desempeño exigido por la coreografía, pero no dejas de notar que acompañan fielmente el discurso desesperado y afligido con las poderosas pero bellas líneas de movimiento que ejecutan y, al mismo tiempo, es posible sentir la empatía que queda entre sus pares cuando la música los acompaña en una travesía en la que, aun desfalleciendo, encuentran la compasión para levantar y animar a continuar a sus compañeros.

Las respuestas que encuentras en los bailarines son todas, es claro que ellos sienten el discurso ofrecido en aquella coreografía, sus movimientos, precisos y poderosos a la vez, te hablan para mirar y te involucran en lo que está pasando. Las expresiones desenchajadas que sus rostros muestran en la despedida de su protesta, cuando se supone que ya no interpretan más, hablan de su apropiación del discurso de su coreógrafa, de que no solamente siguen una secuencia de movimientos impuesta en virtud de poseer la técnica y el entrenamiento para hacerla, sino porque sienten, en el interior de donde surge su danza, que aquello de lo que nos hablaron es terrible y se han plantado en el escenario para gritar que no debería suceder o, al menos, no sin sensibilizarnos y comprometernos al respecto.

Lo que *Ablución* plantea es una conversación que no termina, sobre todo si de alguna forma estamos de acuerdo con su discurso, con el cual Sunny Savoy, por medio de sus intérpretes, expresa al público que se debe tener eco en la conciencia propia y colectiva para ser más empáticos y tomar acción en un mayor respeto por la dignidad humana. Este discurso de imágenes, música y movimiento deja al espectador una sensación indefinible, oscilante entre la esperanza y la desesperanza, porque la única forma en que tanta violencia y mortandad termine es empezando a escuchar entre nosotros las plegarias que cada uno reza. ¿Será posible que lo hagamos?

